

tan personales del dueño como su cepillo de dientes. Una pregunta sobre esta afición es casi siempre arriesgada.

Don Pío Baroja no palidece a los setenta y dos años de vida y cuarenta y seis de novelista. Su sistema de incorporación literaria funciona con energía: caracteres extraños y perdidos, vagas ocupaciones, las dulces niñas que lo emocionan, cachivaches y líricos paisajes, gozan de su estupenda salud. Su mirada, la más española de la península, vigila, viva, perspicaz y curiosa.—FERNANDO URIARTE.

<https://doi.org/10.29393/At233-189CIFU10189>

CASA DE LA INFANCIA, por *Luis Durand*

El proyecto y la realización de los pequeños cuentos de Luis Durand se complementan estrechamente. Sensible para el aspecto cándido y suavemente entristecido de un reciente pasado no encuentra obstáculos para describir íntegra y holgadamente lograda la zona vital que le preocupa y siente, fundida en un estilo oliveño, blando y parejo. El acento es uno, uno el que cuenta; la pena y las desgracias siempre anecdóticas han sido observadas por la pupila bondadosa de un hombre que lleva en su alma un vivo acento de serena vitalidad.

En la obra de Luis Durand se expresa todo lo que envuelve su sensibilidad, todo lo que es próximo a su ser, más aún, todo lo que hay cercano y palpable en el ámbito vital. Su pluma no penetra los aspectos extremados de la naturaleza ni los bajos fondos del alma humana: lo irracional, sorprendente e imprevisto caen fuera de sus dominios. Su voz, su buena voz, se levanta en la fina vivencia campesina y entre aromas y nostalgias nos conduce hasta un pasado gentil, ya casi muerto: «Casa de la Infancia», «Misiá Panchita». O al duro rellano de la vida en descampada: «Afuerinos».

Rara vez se habla de la novela criollista sin nombrar a dos

escritores que andan hermanados desde mucho tiempo en los ensayos y críticas: Mariano Latorre y Luis Durand. Pero son diferentes, Latorre es un conquistador; en esfuerzos progresivos llega al fondo del paisaje, en curioso y prolijo inventario logra dominarlo y derrotarlo para plasmar luego un conjunto, donde suscita con cierta fiereza una viril y embriagadora poesía. Su material humano es de corta duración, de pequeño tiempo vital y pleno de pasiones finales. Ha escudriñado el mar, el valle y la montaña en demanda de vidas hazañosas. Posee la mirada dura y objetiva del extranjero mal asimilado y curioso. Luis Durand rebaja un tono el heroísmo y la fiereza, disminuye la cuantía del paisaje contentándose con ajustados brochazos y lanza sus vidas por el conducto suave de la existencia anónima. Así van los dos maestros del criollismo con diferente pupila y sensibilidad beneficiando la literatura en la sementera nacional.

En «Casa de la Infancia» aparece el mejor Durand, el de la gran novela «Mercedes Urizar» con diez cuentos escritos a su modo reflexivo, sobremanera atento al recuerdo y a la emoción. El primero, «Casa de la Infancia», es el más próximo a su condición. El hombre recuerda, ¿cómo y qué?: la casa, la única que se ha tenido evocada en las cuatro estaciones, con la madre, el jardín y la tertulia, el rico desayuno y el charqui, la siesta y las visitas, la «torta de plumas», el dulce de hojarascas y el te... y al final del flexible y jugoso período dice sentenciosamente que «un perfume se ha quedado vagando en la fibra íntima de nuestro corazón». Hay un triste señorío provinciano con tardes de domingo y golosinas que dejan manso paso a la vida tranquila.

Las mujeres son en Luis Durand, desde mucho tiempo, lo mejor de sus personajes: «Misiá Panchita», «La viajera», exquisita estampa, y «Carmela» son figuras que informan de su gran conocimiento del alma femenina. Por momentos, el estilo de Durand exigido al máximo, se sutaliza hasta alcanzar una rara virtud: toca las cosas y hasta los aromas. Palpa suavemente el

mundo objetivo de su interés con caricia paternal. Posee un gran rigor selectivo para incorporar las expresiones del lenguaje popular, lo hace objetivamente y con gusto de conocedor. Sus diez cuentos son limpios, livianos y recordables. «Afuerinos» nos parece el mejor y le auguramos un gran viaje por los antologías del futuro.—F. U.



NORTE GRANDE, de *Andrés Sabella*

Poeta insumiso, sensibilidad disparada, con reflejos sombríos, Andrés Sabella ha querido volcarse en este libro, donde el desierto y su entraña salitrosa crean la tragedia de los hombres. No puede hablarse aquí de novela, de poema, ni de otra forma tradicional. En los últimos tiempos estamos asistiendo a la floración de un nuevo tipo de fruto literario, registrado con algún éxito en diversos países, lo que podría ser síntoma de desintegración de la forma normativa frente a los mandatos de una sensibilidad desbordante, de una realidad dispersa en apariencia y profundamente dramática en sus raíces. Tentativa de escape hacia un nuevo arquetipo, vital y directo. El argumento que canaliza la novela clásica, dándole una línea horizontal, de ritmo lento o caudaloso, cede ante la cambiante arremetida de la vida presente, recia y despiadada, presa en una gravitación tremenda que la priva en nuestros sentidos de continuidad, deteniéndola en línea vertical y conteniendo el tiempo en un presente de magnética y trágica combustión. Las decisivas captaciones de un Joyce, un Dos Pasos, un Huxley, nos acercan a la realidad de este tipo de novela concéntrica, en que el autor recoge en la medida y el tiempo necesarios, las porciones de materia universal que habrán de cumplir su cometido en esta nueva expresión del libro mágico. El tema novelesco deja de serlo frente a los elementos dominantes fuera y dentro del suje-